

Parzival

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Parzival*

En cubierta: Ulrich von Lichtenstein. *Códice Manesse* (Cod. pal. germ. 848),
Biblioteca de la Universidad de Heidelberg

Diseño gráfico: G. Gauger

© De la introducción, traducción y notas, Antonio Regales

© Del epílogo, René Nelli y Slatkine Reprints

© De la traducción del epílogo, María Tabuyo y Agustín López

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-94-2

Depósito legal: M-3.510-2025

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Wolfram von Eschenbach

PARZIVAL

Edición a cargo de Antonio Regales

Epílogo de René Nelli

 Siruela

Libros del Tiempo Lecturas Medievales

Índice

Introducción	
ANTONIO REGALES	9
Nota sobre la traducción	19

Parzival

Libro primero	23
Libro segundo	49
Libro tercero	74
Libro cuarto	103
Libro quinto	123
Libro sexto	148
Libro séptimo	173
Libro octavo	200

Libro primero

Si la desesperación anida en el corazón, nacerá amargura en el alma. Si se unen, como los dos colores de la urraca, el ánimo inamovible del hombre y su contrario, todo será a un tiempo laudable y deshonesto. Este puede estar contento, pues el cielo y el infierno forman parte de él. El inconstante está teñido de negro y termina en el negro color del infierno. En cambio, quien se rige por la constancia se guía por el luminoso color del cielo.

Este ejemplo alado de la urraca parecerá demasiado rápido a los necios, pues no captan su verdadero sentido: se les escapa como una liebre asustada. Sucede como con el espejo y la falsa imagen del mundo que tiene el ciego: ofrecen una imagen fugaz, sin nada detrás. Su turbia luz es inconstante y causa una efímera alegría. Quien me quisiera afeitar la palma de la mano, donde nunca ha crecido un cabello, tendría que hacerlo desde muy cerca y ser muy avisado. Si entonces gritara yo de miedo «¡ay!», eso dejaría claro cuál es mi inteligencia. ¿Quiero encontrar la fidelidad precisamente allí donde esta puede desaparecer, como el fuego en la fuente y el rocío en el sol?

Aún no he conocido a un hombre juicioso que no quisiera saber qué sentido profundo tiene esta historia y qué buena doctrina ofrece. La historia es incansable en lo siguiente: tanto huye como acosa, retrocede como contraataca, conduce a la

deshonra como a la honra. A quien domina estas suertes su entendimiento le ha guiado bien. No se quedará sentado, ni errará el camino, ni acertará a desenvolverse bien en cualquier otro lugar del mundo. El ánimo desleal con el prójimo conduce al fuego del infierno y destruye toda buena fama como si fuera granizo. La confianza que ofrece ese ánimo tiene una cola tan corta que no puede evitar la tercera picadura cuando los tábanos caen sobre ella en el bosque.

Estas distinciones no solo van destinadas al varón. A las mujeres les fijo las siguientes metas: la que quiera oír mi consejo tiene que saber a quién dirige su alabanza y su honra, y a quién ofrece después su amor y su virtud, para que más tarde no se arrepienta de su castidad y fidelidad. Pido a Dios que las mujeres honradas sigan siempre la justa medida. La castidad es la corona de todas las virtudes. No necesito pedir para ellas mayor felicidad.

La mujer falsa consigue una falsa celebridad. ¿Cuánto dura una fina capa de hielo cuando recibe el sol de agosto? Con la misma premura se desvanecerá su prestigio. La belleza de muchas mujeres es celebrada por doquier. Pero si su corazón es falso, comparo su valor con el de unos añicos de vidrio engastados en oro. Y, al contrario, no tengo por ninguna mendacidad el que alguien engaste un noble rubí en humilde latón con todos sus misteriosos poderes mágicos. Con esto último comparo a la verdadera mujer. Si ella hace justicia a su feminidad, no la juzgaré ni por su color externo ni por la envoltura visible de su corazón. Si tiene un noble corazón dentro de su pecho, no se le negará el premio de un inmaculado prestigio.

Si quisiera tratar detenidamente a la mujer y al hombre —como bien podría hacerlo—, necesitaría una larga narración. Oíd entonces esta historia, que os hablará de amor y de sufrimiento: la alegría y las cuitas van de la mano. Suponed que yo fuera tres personas y que cada una hiciera por su cuenta lo que soy capaz de hacer por mí mismo: aun entonces se necesitaría una extraordinaria fantasía y un gran esfuerzo para contaros entre los tres lo que os voy a contar yo solo.

Os voy a contar con voz nueva una historia que habla de inquebrantables fidelidades, de la verdadera feminidad de una

mujer y de la virilidad del hombre que nunca se doblegó ante ninguna dificultad. Dondequiera que luchó, no lo dejó abandonado su corazón. Era como forjado de acero y consiguió en victoriosos combates muchos títulos de gloria. Era valiente y tardó en adquirir la experiencia de la vida. Saludo al héroe, a quien miraban dulces los ojos de las mujeres, cuyos corazones llenaba de añoranza, y quien cuidadosamente huía de toda mala acción. El que he elegido como héroe de esta historia, y a quien sucederán tantos portentos, no ha nacido aún en este punto de mi narración.

Rige hoy, como antes, donde impera e imperaba el derecho de sucesión francés (también sucede en algunos territorios alemanes, como sabéis), el principio de que quien rige el destino del país pueda disponer sin avergonzarse (es cierto, aunque parezca extraño) que toda la herencia del padre la reciba el hermano mayor. Para los hermanos menores era una desgracia que la muerte del padre los privara de los bienes que disfrutaban cuando este aún vivía. Antes compartían lo que ahora poseía solo el mayor. Un sabio estableció que la vejez debe ir acompañada de bienes, pues la juventud tiene muchas excelencias; la vejez, suspiros y penas. Nunca ha habido nada peor que la vejez y la pobreza. Según mi sincera opinión, que los reyes, condes y duques queden desheredados, excepto los hijos mayores, es un uso muy extraño.

Gahmuret, el valiente pero comedido héroe, perdió así los castillos y el país en el que su padre había llevado esplendorosamente cetro y corona, con un gran poder como rey, hasta que cayó muerto en un combate caballeresco.

Se le lloró mucho, pues se había distinguido hasta su muerte por su sentido del deber y por su buen nombre. Su primogénito convocó ante sí a todos los príncipes del reino. Llegaron estos como convenía a unos caballeros, pues esperaban con razón conseguir de él grandes feudos.

Oíd lo que hicieron cuando llegaron a la corte y se les reconocieron sus pretensiones de recibir los feudos. Según les aconsejaba su lealtad, toda la asamblea, ricos y pobres, elevó la petición, modesta pero decidida, de que el rey mostrara a Gahmuret su mayor amor fraternal y se honrara a sí mismo

no desheredándolo por completo, sino dejándole un predio, de modo que se pudiese ver que el noble señor podía vivir conforme a su alcurnia y a su estamento libre. El rey se mostró de acuerdo y dijo: «Sabéis pedir con mesura: os concedo esto y más aún. ¿Por qué no llamáis a mi hermano Gahmuret de Anjou? Anjou es mi país: seremos llamados ambos por ese nombre». El noble rey prosiguió: «Mi hermano puede contar con mi constante ayuda, mayor que la que ahora rápidamente le prometo. Debe pertenecer a mi séquito. Os voy a demostrar a todos que los dos somos hijos de la misma madre. Él tiene poco, y yo en abundancia: lo repartiré con él para no poner en juego mi salvación ante Aquel que da y quita con pleno derecho».

Cuando todos los poderosos príncipes supieron que su señor obraba con amor de hermano, fue para ellos un día jubiloso. Todos se inclinaron ante él. Gahmuret no permaneció callado por más tiempo, sino que se mostró conforme, siguiendo la voz de su corazón. Amistosamente dijo al rey: «Señor y hermano mío, si quisiera pertenecer a tu séquito o al de algún otro, habría conseguido una cómoda vida. Mirad, no obstante, mi fama, pues sois fiel y experimentado, y dadme vuestro consejo y ayuda para acrecentarla. No tengo más que mi armadura: ¡ojalá hubiera realizado en ella muchas hazañas que me hubieran traído la fama en tierras lejanas, donde se pensara en mí!». Gahmuret continuó: «Tengo dieciséis escuderos, de ellos solo seis con armadura. Concededme además cuatro donceles bien educados y de alta cuna. No dejaré de darles generosamente parte de lo que consiga. Quiero andar por el mundo. También antes he ido a menudo en busca de aventuras. Si la suerte me es propicia, conquistaré el favor de las nobles damas. Si puedo servirles, y soy digno de ello, mi inteligencia me aconseja que lo haga con recta fidelidad¹. ¡Que Dios me indique el camino de la dicha! Una vez fuimos juntos (entonces gobernaba vuestro reino nuestro padre Gandin) y sufrimos muchos penosos avatares por causa del amor. Vos erais caballero y ladrón, pues sabíais servir por amor y ocultarlo. ¡Ay! ¡Ojalá supiera yo también ahora robar amores! ¡Si tuviera vuestra destreza y consiguiera el favor de las damas!».

El rey suspiró y dijo: «¡Qué pena haberte visto! Con tu despreocupado comportamiento me has partido el corazón y lo volverás a hacer si te vas. Mi padre nos ha dejado a ambos muchos bienes: te cedo la mitad. Siento gran inclinación por ti. Piedras preciosas, oro rojo, hombres, armas, caballos, vestidos... Coge lo que quieras para obrar a tu antojo y para ejercer tu generosidad. Tu arrojo es extraordinario. Si hubieras nacido en Gylstram² o procedieses de Ranculat³, te tendría, con todo, siempre a mi lado, pues tengo debilidad por ti. Realmente eres mi hermano».

«Señor, me alabáis por necesidad, porque a ello os obliga vuestra noble educación. Ayudadme en la misma medida. Si vos y mi madre queréis repartir conmigo vuestros bienes muebles, mi gloria crecerá y nunca descenderá. Mi corazón, sin embargo, busca las alturas: no sé por qué se excita así, abombando la parte izquierda de mi pecho. ¡Ay! ¿Adónde me lleva mi ansiedad? Lo intentaré, si puedo. Se acerca el día de mi despedida.»

El rey le concedió todo, más de lo que él mismo ansiaba: cinco caballos escogidos y conocidos, los mejores del país, valientes, fuertes, briosos; además muchas preciosas vasijas de oro y numerosos lingotes de oro. Al rey esto no le entristeció nada: llenó a rebosar de piedras preciosas cuatro arcas sobre otros tantos caballos. Los escuderos que se ocupaban de ello estaban hermosamente vestidos y tenían excelentes monturas. Cuando Gahmuret fue hacia su madre y esta lo abrazó muy fuerte, no contuvieron los lamentos. «Hijo del rey Gandin, ¿no quieres seguir a mi lado?», dijo la bondadosa mujer. «¡Ay! Yo te he traído al mundo, y eres también el hijo de Gandin. ¿Está Dios ciego, que no me ayuda, o sordo, que no me escucha? ¿Tendré que padecer nuevas tribulaciones? He enterrado a la fuerza de mi corazón y a la alegría de mis ojos. Si Él me quiere seguir robando, a pesar de ser un justo juez, no es cierto lo que se dice de su ayuda, pues Él, impotente, me ha abandonado.»

Entonces habló el joven señor de Anjou: «Dios os consuele, señora, de la pérdida de mi padre, al que ambos debemos llorar gustosos. De mí nadie os dirá nunca nada que os apene.

Voy a países extraños en busca de aventuras caballerescas para conseguir la gloria. Señora, así tiene que ser».

Entonces dijo la reina: «Puesto que prestas tu servicio y tu ánimo al alto amor cortés, querido hijo, no menosprecies los bienes que te doy para el viaje. Ordena a tus chambelanes que vengán a buscar cuatro pesadas arcas de viaje: en ellas hay grandes pieles enteras, aún no cortadas, y muchas preciosas piezas de terciopelo. Querido hijo, hazme saber el momento de tu regreso: con ello me darás una gran alegría».

«Señora, no sé a qué país llegaré. Vaya a donde vaya, habéis obrado noblemente conmigo, como conviene a la honra del caballero. También el rey se ha despedido de mí de una forma que debo agradecer y por la que le tengo que rendir tributo. Por ello, confío plenamente en que lo tendréis en tanta mayor estima, me pase a mí lo que me pase.»

Según nos dice la historia, el intrépido héroe recibió, por el amor de una mujer a la que había servido, un tesoro valorado en mil marcos. Si un judío quisiera aún hoy una fianza, lo aceptaría sin tener ningún motivo para rechazarlo. Se lo envió una de sus amadas. Obtuvo, pues, ganancias por su servicio a la mujer, pero no se curó de sus penas de amor.

El héroe se despidió. Sus ojos no volverían a ver nunca más a su madre, a su hermano y a su país; para muchos fue una gran pérdida. Dio sus sentidas gracias a todos los que antes de partir le habían hecho regalos de cualquier género. Le parecía excesivo. Su buena educación no le movía a pensar que estuvieran obligados a ello. Su ánimo era muy recto. Mas el que se alaba a sí mismo a menudo no es creído: deberían pregonar los vecinos y los que hubieran visto sus hazañas cuando estaba fuera del país, pues a ellos se les creería.

Gahmuret se regía por la justa medida, y no por la suerte. Se alababa poco, recibía paciente los grandes honores y no se dejaba llevar por la simple voluntad. Pero pensaba el valiente que no quería pertenecer a las mesnadas de nadie que llevase corona, fuese rey, emperador o emperatriz, a no ser de aquel que tuviese el mayor poder de todos los países de la tierra. Este deseo estaba vivo en su corazón.

Entonces oyó que en Bagdad existía un gobernante tan po-

deroso que dos tercios o más de la tierra le estaban sometidos. Su nombre pagano era muy noble: se le llamaba el califa⁴. Su poder ejercía tal atracción que eran sus siervos muchos reyes con corona y le servían como vasallos. Todavía hoy existen los califas. Así como se practica en Roma la ley cristiana, a la que nos obliga el bautismo, allí se pueden ver las normas paganas. En Bagdad ejercen su derecho papal (lo consideran perfectamente correcto) y el califa les pone la penitencia por sus pecados.

A dos hermanos de Babilonia, Pompeyo e Ipomidón, el califa les tomó Nínive, que había estado antes en manos de sus antepasados. Ellos se defendieron con todas sus fuerzas. Precisamente entonces llegó el joven de Anjou, al que el califa recibió muy amistosamente. Gahmuret, el noble señor, recibió su soldada por servirle. Le permitió ahora llevar un escudo de armas distinto del que le había otorgado Gandin, su padre. El noble héroe, como símbolo de sus deseos, lucía sobre la gualdrapa un ancla, cortada de blanca piel de armiño; los mismos blasones llevaba en el escudo y en el vestido. Más verde que la esmeralda era la gualdrapa de su cabalgadura, del color del ajmardí⁵. Es esta una tela de seda, mejor que el terciopelo: de ella mandó hacer la guerrera y la capa. Encima se cosieron anclas blancas y se adornaron con cordeles de oro. Pero sus anclas no tocaron tierra firme, ni siquiera los lugares de la costa. Nunca encontraron fondo. El señor tuvo que seguir llevando el peso de este blasón por muchos países, como noble huésped; tenía el símbolo del ancla, pero en ningún sitio se concedía ningún tipo de parada o de descanso. ¿Cuántos países recorrió a caballo o en barco? Si tuviera que jurároslo, os daría mi palabra de caballero: tantos como dice la historia; no tengo más testimonios. Y la historia indica que su fuerza heroica resultó victoriosa en tierras paganas, en Marruecos y en Persia. También venció en otros lugares: en Damasco y en Alepo; por doquier donde había luchas caballerescas, en Arabia y ante la ciudad de Arabí, ganó tal fama que nadie de sus iguales osaba enfrentársele en singular combate. Su corazón ansiaba la gloria: al lado de la suya, palidecía la fama de los otros o incluso quedaba aniquilada. Bien lo sentía el que justaba con él. Se decía de él en Bagdad que su valentía era imparable.